

# editorial

Este es el panorama: el hombre frente al dolor se interroga, ¿qué es el hombre? ¿cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte que, a pesar de tan grandes progresos, subsisten todavía?

Pese a que muchas personas se sienten prisioneras de su forma de ser o de actuar, de sus nervios, de los errores que quieren evitar y con los que tropiezan una y otra vez, no hay nada que justifique ese encadenamiento, ese sufrimiento tan inútil como prolongado.

El sufrimiento psicológico, siempre ligado a la ansiedad por un futuro que se nos escapa, nunca se reduce a un dolor que pueda tratarse con medios farmacológicos. De modo paradójico –y para algunos insoportable– redescubrimos que somos cuerpo y relación, vida interior y vida social, afecto y esperanza, dimensiones conectadas entre sí. Cuando una de estas partes está sufriendo, este sufrimiento se difunde a todo nuestro ser.

De Clare Carlisle (2021), en su magnífica obra: *El filósofo del corazón. La inquieta vida de Søren Kierkegaard*, se destacan estas reflexiones:

“Nadie sabrá nunca, solo con mirar a otra persona, en qué anda su alma, cuáles son sus alegrías y sus penas”.

Para Kierkegaard,  
“El cristianismo ha sido siempre tan seductor como inquietante [...]

Se siente atraído por una verdad que descansa en dos extremos opuestos a la vez, pues así es la experiencia humana real: en un solo día, incluso en una hora, un ser humano puede sufrir y gozar, desesperarse y tener fe, experimentar una angustia intensa y una profunda paz [...] Está convencido de que la fe no debe evitar el sufrimiento ni dejarse anegar por él, sino atravesarlo para encontrar la alegría”.

Ante el sufrimiento humano la física o la química no han sabido dar una solución, únicamente han podido paliar. El propósito de la vida es ser útil, ser responsable, ser compasivo, comprensivo y con ello, progresar y ser feliz.

Encontramos personas que se sienten frustradas por la vida que llevan y se reprochan constantemente lo poco que la aprecian. Mantienen un permanente sentimiento de culpa y se minusvaloran sintiéndose fracasadas por los errores cometidos.

Casi siempre el pensamiento es la base del sufrimiento. Hay que vivir el presente sin pensar demasiado en el futuro. A nuestro cerebro le debemos enseñar y entrenar para que descubra los pensamientos racionales y los discrimine de los pensamientos automáticos y muchas veces irracionales.

La gestión de los pensamientos y de los sentimientos nos ayuda a relacionarnos de una manera más sana con los demás. Si logramos generar el entrenamiento de nuestros pensamientos, nos sentiremos más plenos y felices en nuestra vida.

El sufrimiento es la consecuencia, dinámica y cambiante, de la interacción entre la percepción de amenazas y recursos, modulada por el estado de ánimo (Arranz, Barbero, Barreto y Bayés, 2004, Bayés, 2006).

Ante el sufrimiento inevitable, los cuidados espirituales se convierten en una herramienta para el afrontamiento efectivo en la vida del hombre en su relación consigo mismo, con los demás, con el entorno y con un ser superior por el significado y sentido que da a su existencia concreta capacitándolo para el autocontrol de esta.

El acompañante que comprende su herida está llamado a ayudar a otros, para que no se queden paralizados con su dolor y heridas, sino que encuentren un sentido y una esperanza.

Alguien como Henri J.M. Nowen (1996) en *El sanador herido. Madrid: PPC* aporta estas reflexiones:

La soledad se ha convertido en una de las heridas humanas más dolorosas. Pero, la soledad es una fuente inagotable de belleza y de autocomprensión. Reconocer la soledad puede llegar a ser un hecho fundamental en nuestra existencia y lleno de promesas si se puede aguantar su dulce dolor. Ningún amor o amistad, ningún abrazo íntimo o beso tierno, ninguna comunidad, comuna o colectividad, ningún hombre o mujer serán capaces jamás de satisfacer nuestro deseo de vernos aliviados de nuestra condición de ser en esencia solos. Ello no nos impide que salgamos al encuentro de los otros y compartamos.

La interiorización y la hospitalidad sanan a uno mismo y ayudan a sanar: la hospitalidad es la habilidad para atender al otro. Se da muy difícilmente si estamos preocupados de nuestras propias necesidades y tensiones, que nos impiden distanciarnos de nosotros mismos para atender a los demás.

La hospitalidad es una actitud central, para quien quiere hacer de su propia condición de herido, algo útil para la curación de los demás. Esta hospitalidad exige que, quien acompaña, conozca sus heridas y las de aquellos también heridos, con quienes se encuentra.

## 1/

### Aprendiendo a gestionar el sufrimiento.

“Y viendo castigar los enfermos que estaban locos con él, decía: Iesu-Cristo me traiga a tiempo y me dé gracia para que yo tenga un hospital, donde pueda recoger los pobres desamparados y faltos de juicio, y servirles como yo deseo” (Castro, F. *Historia de la vida y sanctas obras de Juan de Dios*, cap. IX).

Así empezó a acompañar Juan de Dios a los que sufrían. Y había aprendido con su propio sufrimiento, en el hospital de Granada, ya que se identificó con quien sufría.

“El hombre está dispuesto incluso a sufrir a condición de que este sufrimiento tenga un sentido” (Viktor Frankl) “La felicidad es vivir de acuerdo con uno mismo, y esto te da tranquilidad” (Elena Poniatowska)

Aprender a cuidar y acompañar en la experiencia del sufrimiento, como lo hizo Juan de Dios, es saber que el dolor, el sufrimiento tiene varias dimensiones: emocionales, sociales y espirituales, contempladas de forma integral.

El acompañamiento ha de ser individual, se ha de saber escuchar, considerar a la persona única, con proximidad física.

Ni el sufrimiento ni la culpa ni la muerte pueden privar a la vida de su auténtico sentido. Si el sufrimiento, la muerte, la enfermedad no tuvieran un sentido más allá de nosotros mismos, la vida no merecería ser vivida. El hombre tiene que llegar a atreverse incluso a sufrir, a resistir. Hoy hablamos de resiliencia.

“He aquí mi testamento:  
Busca tu felicidad en las lágrimas”  
(Consejo de Zossima a Aliosha).

El conocimiento de la realidad trascendental de la persona, la valoración de su íntima realidad espiritual es la que nos permite sumergirnos en la interioridad de sus amarguras, y se ilumina su sentido: en el plano espiritual es donde podemos imaginar el sentido del sufrimiento. Plano que puede ayudarse de la opción religiosa.

## 2/

### Respuestas al sufrimiento.

La realidad del sufrimiento humano ha planteado un interrogante fundamental al que los distintos sistemas filosóficos y creencias religiosas han intentado responder con diversas modalidades, sin lograr eliminar del todo el velo de misterio que la envuelve.

En conjunto se pueden sintetizar en cinco perspectivas las respuestas fundamentales a esta pregunta (cf. [Carta de Identidad de la O.H., 2.1.1.](#)):

- La primera es **mágica o misteriosa** y hace referencia a la realidad radicalmente incomprensible e ineludible del dolor. Este concepto aún presente entre los “**pueblos primitivos**” sigue siendo un residuo ancestral en muchos otros planteamientos religiosos.
- Una segunda respuesta es la **negación**. Todas las realidades dolorosas de la vida constituyen un límite a la conquista del placer. En este substrato cultural del bienestar hunden sus raíces muchas formas de “**desesperación**” contemporánea que, al negar la realidad dolorosa, llegan a negar la vida misma cuando no se logra sostener su peso existencial. Suele decirse que nada se aprende del dolor.
- Otra actitud, opuesta a la anterior, consiste en la **aceptación heroica del dolor**. Ha sido sistematizada filosóficamente por el estoicismo, que acepta, sin quejarse, grandes sufrimientos.
- Una cuarta modalidad de acercamiento al dolor consiste en su **anulación mediante un camino interior** que lleva paulatinamente al abandono de toda pasión y de todo sufrimiento físico y psíquico. La espiritualidad india tiene tanto de bueno como de malo. El indio se siente al margen del bien y del mal o busca alcanzar este estado mediante la meditación o el yoga (cf. [C.G. Jung](#)).

- La última modalidad, es la que constituye la más alta expresión en el cristianismo es la **valorización**. Sin desvelar completamente el misterio y sin quererlo transformar en una realidad de por sí positiva, el cristianismo ofrece “**razones**” al dolor, transformando su aspecto absurdo en posible instrumento de bien para uno mismo y para los demás, cuyo misterio más profundo no podrá ser desvelado nunca, ni tampoco reconducido a una racionalidad deseada.

La respuesta cristiana al dilema es que Dios puede y quiere acabar con el sufrimiento. Pero, al mismo tiempo, constata con sorpresa que no puede o no quiere acabar con él de cualquier manera. La imagen de Dios revelada en Jesucristo muestra el compromiso de Dios para acabar con el sufrimiento [...] Dios asume el sufrimiento porque es la única forma en que puede superarlo [...] No se trata de que, compartiendo su sufrimiento Dios logre consolar al hombre, sino que su libre decisión de compartir el sufrimiento humano es expresión de su propia esencia<sup>1</sup>. El dolor o la enfermedad se aceptan en cuanto no se pueden superar o quitar. No se trata sólo de aguantar o soportar porque no hay más remedio, sino de aprovechar el enfoque positivo.

El sufrimiento, a pesar de todo su sinsentido y su opacidad, no tiene capacidad para vaciar la experiencia religiosa, aunque pueda sacudirla hasta hacerle tambalearse. Al contrario, contribuye como quizá ninguna otra realidad a configurarla convirtiéndose así en lugar teológico privilegiado. Resulta entonces que el sufrimiento no necesariamente es la roca donde fundamentar la negación de Dios, sino que puede constituirse en uno de los lugares teológicos de la verdadera religión, por servir de sólido punto de apoyo para negar algunas de las falsas imágenes de Dios y edificar la imagen del verdadero rostro de Dios más próxima a su misterio incomprensible de amor, trascendencia y libertad<sup>2</sup>.

Al término de la existencia terrena, el hombre se encuentra situado frente al misterio:

‘Ante el misterio de la muerte, el hombre se halla impotente, vacilan las certezas humanas. Pero, precisamente frente a ese

desafío, la fe cristiana [...] se presenta como fuente de serenidad y de paz’ [...] Lo que parece carecer de significado puede adquirir sentido. Puede llegar a ser experiencia de participación en el misterio de la muerte y la resurrección de Cristo. Brindar una presencia de fe y de esperanza es para los agentes sanitarios y pastorales la más elevada forma de humanizar la muerte<sup>3</sup>.

En el contexto en que nos movemos en **Labor Hospitalaria** y, desde diferentes ángulos, estas reflexiones nos pueden ayudar, personal y profesionalmente a ser acompañantes de las personas que experimentan el sufrimiento en sus diferentes facetas y teniendo en cuenta que tratamos el sufrimiento integralmente. Somos abanderados de la Hospitalidad que está en el corazón del que acoge, acompaña y cura con regalo.

**Calixto Plumed Moreno, O.H.**  
Director

1. Cf. Busto Saiz, J.R. El sufrimiento ¿Roca del ateísmo o ámbito de la revelación divina? UPCo 1998-99, p. 43.

2. Cf. Busto Saiz, J.R. O.c., p. 44.

3. Pontificio Consejo para la Pastoral de los Agentes Sanitarios (para la Pastoral de la Salud (2017). Nueva Carta de los Agentes Sanitarios. Maliaño (Cantabria): Editorial Sal Terrae, n. 148.

## *Acompañar a personas con sufrimiento psicológico en el contexto de la pandemia Covid-19: miembros de un solo cuerpo amados por un único amor<sup>1</sup>*

Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral.  
Noviembre 2020

### Reflexiones introductorias.

La pandemia Covid-19 –la primera epidemia de propagación a nivel mundial– ha puesto de relieve nuestra fragilidad física y nuestro déficit inmunológico ante un virus que el cuerpo humano no reconoce.

Aun utilizando todos los medios disponibles para curar a los enfermos, se ha tenido menos en cuenta el sufrimiento psicológico generado o amplificado por la profunda preocupación ligada a esta enfermedad desconocida.

Se trata principalmente de la pérdida de control sobre nuestra existencia personal y sobre la vida que compartimos con quienes nos rodean. Cuando el conocimiento y los métodos de tratamiento parecen de repente inadecuados, limitados o precarios, el miedo a lo desconocido se cristaliza en las preguntas:

«¿Qué será de mí?», «¿Qué será de nosotros?»

La muerte de un familiar y, más aún, la imposibilidad de celebrar el duelo por un ser querido puede generar derivas psicológicas y a veces psiquiátricas. El confinamiento y la reducción de la actividad social pueden amplificar ciertas fragilidades relacionales, dando lugar a violencia

en la familia, lo cual genera graves consecuencias psicológicas, pues se traiciona la confianza que tenemos en la vida y en quienes amamos.

De modo paradójico –y para algunos, insoponible– redescubrimos que somos cuerpo y relación, vida interior y vida social, afecto y esperanza, dimensiones conectadas entre sí. Cuando una de estas partes está sufriendo, este sufrimiento se difunde a todo nuestro ser.

Podemos decir que la salud mental es el justo equilibrio interior entre nuestra «**subjetividad**» (la imagen que cada uno tiene de sí mismo), la relación con el otro (identificación y reconocimiento) y la «**objetividad**» de nuestra historia humana (eventos e interpretación).

La deriva psíquica –que puede ir desde una depresión melancólica al suicidio– nos recuerda que existimos con el otro y, cuando esta cercanía física o simbólica está socavada, podemos caer en un estado de angustia, de violencia y de dolor. Esta experiencia es tanto personal como comunitaria y encarna la comparación sobre el cuerpo que hace san Pablo:

“**Por tanto, si un miembro sufre, todos los miembros sufren con él**” (1 Co 12,26).

Más radicalmente, se puede decir que la experiencia de la pandemia Covid-19 nos hace tocar el punto esencial de nuestra condición humana y de nuestra fe cristiana: el paso hacia la muerte y la relación entre la muerte y la vida, el miedo y la esperanza.

La intención de este documento es proponer algunos elementos de comprensión y reflexión a quienes están cerca a las personas afectadas psicológicamente por la pandemia Covid-19 y a todos aquellos que están llamados a acompañarlos, esperando ofrecer algunas ideas antropológicas, teológicas, éticas, espirituales y pastorales para acompañar a los que se encuentran en un

íntimo y angustioso sufrimiento, para invitarlos a dejarse desenredar por la dulce compasión de Cristo, que se hizo prójimo y cargo del “otro” a través de la escucha y el perdón y dedicó a cada uno una Palabra que levanta el ánimo y sana.

El acompañamiento fraterno involucra todas las dimensiones de nuestra humanidad, en un acercamiento que resulta ser mutuo y delicado:

“**Acercarse, expresarse, escucharse, mirarse, conocerse, tratar de comprenderse, buscar puntos de contacto, todo eso se resume en el verbo “dialogar”**”.

### Nota.

Se usan tres términos, cercanos pero distintos, para orientar el acercamiento a la dimensión psicológica de la persona.

Por lo tanto, es necesario hacer una distinción, reconociendo el vínculo entre estos 3 términos.

- **La dimensión mental:** o sea, la capacidad sensorial e intelectual de la persona para captar e interpretar la realidad de su existencia.
- **La dimensión psíquica:** o sea, la constitución y la dimensión propia de cada persona para estar en relación con la realidad y con los demás y ser afectada por lo que le sucede.
- **La dimensión psicológica:** que consiste en el conocimiento de la subjetividad de cada persona: la relación que tiene con su cuerpo, su historia y la narración de su camino personal y social.

Por supuesto, estas tres definiciones están estrechamente relacionadas entre sí, pero es importante distinguirlas en la reflexión y en el acompañamiento.

**1.** Por la importancia del tema, por las sugerencias y aportaciones que nos hacen a los profesionales de la salud, reproducimos los siguientes apartados del documento: Reflexiones introductorias; IV La dimensión espiritual: sufrimiento y esperanza; V La Iglesia: una comunidad llamada a estar presente para acoger, cuidar y sanar. Al documento completo se puede acceder en: <https://www.humandevopment.va/es/risorse/documenti/membri-di-un-solo-corpo-amata-da-un-unico-amore-accompagnare-le.html>. Se respeta el orden de las notas a pie de página según el original, aunque en esta reproducción aparezca un gran salto desde la nota número 1 a la nota número 23.

**2.** Francisco, Carta Encíclica. Fratelli tutti, 198.

## *Acompañar a personas con sufrimiento psicológico en el contexto de la pandemia Covid-19: miembros de un solo cuerpo amados por un único amor\**

Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral.  
Noviembre 2020

### 1/

## La dimensión espiritual: sufrimiento y esperanza.

### 1/1

#### Respirar, abrirse al otro y caminar juntos.

Esta pandemia nos sorprendió a todos y nos encontró desprevenidos. Con su carácter absoluto e imprevisto, ha obligado a los gobiernos a adoptar con urgencia medidas sanitarias vinculantes para contener el contagio y prevenir el aumento del número de muertes. Las medidas profilácticas adoptadas variaron de un país a otro, pero todas tendieron al distanciamiento físico o incluso al aislamiento.

Una sensación de miedo se ha instalado entre las personas: el miedo al contagio, el miedo a los demás, el miedo a ser una carga y un desperdicio para la sociedad, el miedo de ser olvidado, el miedo ante un futuro incierto, el miedo de morir. Una ansiedad cotidiana se ha apoderado de nuestras vidas, crea alteraciones de comportamiento tanto para los cuerdos como para los débiles psicológicamente debilitados o de punto

de vista psiquiátrico, e incluso a veces empuja a las personas al suicidio.

La soledad física se ha convertido también en soledad espiritual, haciéndonos olvidar el misterio de nuestra creación como comunión y comunidad de personas y el misterio de la fraternidad que nos une como hermanos y hermanas de un solo Padre, en Cristo.

La Iglesia junto con el salmista exclama:

«¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano para darle poder?» (Sal 8,5).

Desde el principio, Dios no quiso que el hombre permaneciera en la soledad existencial, en efecto, «la creación “definitiva” del hombre consiste precisamente en la creación de la unidad de dos seres»<sup>23</sup>.

El **Concilio Vaticano II** subraya con fuerza que:

«Dios no creó al hombre en solitario. Desde el principio “los hizo hombre y mujer” (Gén 1,27) y esta sociedad es la expresión primera de la comunión de personas humanas»<sup>24</sup>.

Esto pone de manifiesto la complementariedad y la reciprocidad entre las personas<sup>25</sup>.

### 1/2

#### El otro como ayuda.

La palabra comunión conduce al otro y, en el otro encuentra esa alusión hacia la «ayuda» que deriva, en cierto sentido, del mismo hecho de existir como persona «al lado» de una persona.

«Adán en esta soledad se abre hacia un ser afín a él y que el Génesis (Gén 2, 18 y 20) define como “ayuda semejante a él”»<sup>26</sup>.

La palabra ayuda, en hebreo ezer, se usa principalmente para definir a Dios como el que ayuda o trae la salvación frente a amenazas mortales. Esta ayuda interviene en situaciones de peligro mortal. En nuestro caso, es en la soledad primordial donde se le da a Adán una ayuda, un ezer. El otro, que se le asemeja, no se da por placer sino más fundamentalmente por salvación, para cuidar, para no morir en soledad.

En el relato bíblico vemos, por tanto, que la existencia del primer hombre está marcada por una vocación a abrirse al otro, acogerlo, hacerse el prójimo y cuidar el uno del otro.

Nuestra vida humana es una búsqueda de Dios a pesar de nuestras caídas, y la vocación a la comunión con los demás y a cuidar unos de otros queda inscrita en nuestra existencia, aunque podamos rechazarla.

El episodio de Caín y Abel nos ilumina en este sentido: su identidad profunda y, al mismo tiempo, su vocación, es de ser hermanos, a pesar de sus diferencias. La suya es la historia de una hermandad que debía crecer, ser hermosa, pero que en cambio se acabó trágicamente destruida. Por tanto, hay que preguntarse por los motivos más profundos que llevaron a Caín a desconocer el vínculo de fraternidad y, al mismo tiempo, el vínculo de reciprocidad y de comunión que lo unía a su hermano Abel.

El **Papa Francisco** nos advierte, en su Encíclica **Fratelli tutti**, contra la tentación de no tener en cuenta a los demás:

«Digámoslo, hemos crecido en muchos aspectos, aunque somos analfabetos en

acompañar, cuidar y sostener a los más frágiles y débiles de nuestras sociedades desarrolladas. Nos acostumbramos a mirar para el costado, a pasar de lado, a ignorar las situaciones hasta que estas nos golpean directamente»<sup>27</sup>.

Por lo tanto,

«¿Cómo corresponder plenamente a la vocación de fraternidad, impresa en nosotros por Dios Padre? ¿[Cómo] vivir unidos, cuidándonos unos a otros?»<sup>28</sup>.

### 1/3

#### En Cristo el otro es amado.

Dios nos responde enviándonos a su Hijo. El amor y el cuidado de Cristo, el buen samaritano, responden a la violencia de Caín. Se inclina sobre ese hombre herido y moribundo que es mi hermano, mi prójimo.

«En su vida terrena, pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el mal. También hoy, como Buen Samaritano, se acerca a todo hombre que sufre en su cuerpo o en su espíritu, y cura sus heridas con el aceite del consuelo y el vino de la esperanza. Por este don de tu gracia, incluso cuando nos vemos sumergidos en la noche del dolor, vislumbramos la luz pascual en tu Hijo, muerto y resucitado»<sup>29</sup>.

Tenemos que admitir que no podemos regenerarnos solos. La fraternidad humana se regenera sólo en y desde Jesucristo, con su muerte y resurrección.

23. Juan Pablo II, Audiencia general, 14 de noviembre del 1979.

24. Concilio Vaticano II, Gaudium et spes, 12.

25. Cf. Francisco, Audiencia general, 22 de abril del 2015.

26. Juan Pablo II, Audiencia general, 14 de noviembre del 1979.

27. Francisco, Carta Encíc. Fratelli tutti, 64.

28. Francisco, Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, 1º de enero del 2014.

29. Conferencia Episcopal Italiana, Misal Romano, 1983. Prefacio común VIII: Jesús el Buen Samaritano.



Así, la Cruz se convierte en el «lugar» definitivo de la fundación de la fraternidad<sup>30</sup>.

«En Cristo, el otro es aceptado y amado como hijo o hija de Dios, como hermano o hermana, no como un extraño, y menos aún como un contrincante o un enemigo (...) no hay “vidas descartables”»<sup>31</sup>.

En la Cruz de Cristo la fraternidad eclesial queda regenerada, la figura de Caín se corrige en virtud de los lazos de caridad entre los hombres<sup>32</sup>; y esta fraternidad se convierte en

«Expresión de interdependencia e interrelación entre sujetos distintos que no pueden ser ellos mismos y no pueden existir ni resistir si se mantienen distantes unos de otros»<sup>33</sup>.

Por lo tanto, debemos preguntarnos cómo y cuándo, como familia y / o comunidad, practicamos el «cuidado» en este período particular de pandemia.

“Dios nuestro, Trinidad de amor, desde la fuerza comunitaria de tu intimidad divina derrama en nosotros el río del amor fraterno.”  
(Encíclica “Fratelli tutti”, oración final)

## 2/

### La iglesia: una comunidad llamada a estar presente para acoger, cuidar y sanar.

El acompañamiento pastoral de las personas con sufrimiento psicológico y de quienes cuidan de ellas

En este tiempo, marcado por la pandemia Covid-19, la Iglesia de Cristo se siente particularmente llamada a mostrar su cercanía y solidaridad hacia toda persona que padece el nefasto virus y vive sus consecuencias tanto en el cuerpo como en la mente. La Iglesia desde siempre «se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia»<sup>34</sup>. También «hacia los hombres que sufren la Iglesia ha demostrado siempre el más vivo interés; con lo que no hace otra cosa que seguir el preclaro ejemplo de su Fundador y Maestro»<sup>35</sup>.

El Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral está recopilando numerosos testimonios de todo el mundo que muestran cómo la Iglesia Católica cuida a una multitud de personas afectadas por el coronavirus. Continuamente, presenta a estas personas, acogidas espiritualmente en la oración y mediante obras de caridad, ante el Señor Jesús, el Divino Médico, para curarlas y sanarlas, devolviéndoles la salud integral. De hecho, para la Iglesia, la salud no sólo se refiere al cuerpo, sino sobre todo la integralidad de la persona con todos sus componentes psicológicos, sociales, culturales, éticos y espirituales. En efecto, creemos que la salud y la salvación se cruzan. No es sorprendente que los dos términos se deriven de la misma raíz *salus*, es decir, totalidad, plenitud y realización.

Desde la perspectiva de nuestra fe, la salud significa precisamente la plenitud de vida en comunión con Dios y con los hermanos. La fuente de esta salud, así como de la vida misma, es el Señor Jesús que dice de sí mismo:

«Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia» (Jn 10,10)<sup>36</sup>.

## 2/1

### Presencia.

En el intento de transmitir el mensaje salvador de la plenitud de vida y salud en Cristo a las personas afligidas por la pandemia, el primer deber de la Iglesia es la Presencia. Estar presente junto a los que sufren en su cuerpo y su mente es parte integral de la misión evangélica de la Iglesia; si quisiera evadir esta obligación, traicionaría su identidad profunda.

Este compromiso de presencia que ama y sana con esperanza se refiere a toda la Iglesia y no puede ser «delegado» exclusivamente a especialistas del sector: capellanes de hospitales, profesionales sociosanitarios, congregaciones religiosas o asociaciones específicas.

El sufrimiento, incluso psíquico y espiritual, pertenece a la experiencia humana fundamental; nadie en la Iglesia es inmune y puede permanecer indiferente ante ello. En consecuencia, no solo son los que cuidan a los enfermos, los ancianos, los presos, la gente de mar u otras categorías de personas vulnerables a diario, sino es

«La comunidad entera de creyentes la que asiste y consuela, convirtiéndose en una comunidad sanadora que concretiza el deseo de Jesús de que todos sean una sola carne, una sola

persona, comenzando por los más débiles y vulnerables»<sup>37</sup>.

Se trata de la capacidad de actuar todos juntos en comunión, de una

«Presencia que sepa ver, que interceda y sepa tejer con paciencia relaciones que lleven a cada uno a dar su respuesta sanadora»<sup>38</sup>.

Por tanto, toda Iglesia local, bajo la guía del obispo, debe redescubrir en sí misma este aspecto de la Presencia Sanadora que configura una comunidad sanadora, comprometida con el cuidado de las relaciones con los demás<sup>39</sup>.

Todos los miembros de esta comunidad, en la variedad de los carismas y ministerios, tienen un papel insustituible y están sujetos de una acción de sanación mutua. Incluso un enfermo, que no puede curarse físicamente, un discapacitado, un anciano o una persona mentalmente frágil, cada uno puede encontrar aquí su propia identidad sana en la relación consigo mismo, con los demás y con Dios. En esta comunidad-que-vive-la-comunión, la gracia sanadora (salvífico-saludable) está presente no solo en una pastoral específica como la de la salud, sino en toda su acción pastoral: en la palabra, en el rito, en el cuidado, en el compromiso social y en las relaciones.

Las personas afectadas por los constantes confinamientos, el aislamiento y la ruptura de las relaciones sociales habituales durante una emergencia sanitaria necesitan recuperar este aspecto esencial de la salud. Hay una profunda conexión entre las relaciones interpersonales y la salud integral de la persona. Las relaciones humanas tienen un poder curativo y terapéutico cuando se abren a la esperanza y al amor. Nacemos de una relación de amor y siempre, incluso sin expresarlo, buscamos el amor.

30. Cf. Francisco, Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, 1º de enero del 2014.

31. *idem*.

32. Cf. Naro M., Reciprocidad, Milán 2018, p. 121.

33. *Ibidem*.

34. «Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo (...) Por ello se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia» (Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, 1).

35. Juan Pablo II, *Motu proprio Dolorum hominum*, 1: «De hecho, en el correr de los siglos, la Iglesia ha sido muy sensible al ministerio para con los enfermos y los que sufren, como parte integrante de su misión, y no sólo ha favorecido entre los cristianos la floración de diversas obras de misericordia, sino que ha hecho surgir de su seno muchas instituciones religiosas con la finalidad específica de promover, organizar, perfeccionar y extender la asistencia a los enfermos».

Los lazos emocionales nos mantienen vivos. Por eso, en la Iglesia, desde el principio, puede y debe madurar la conciencia de que cada miembro se convierte en un experto en el arte de las relaciones que se inspira en el amor fraterno y se nutre del de Dios<sup>40</sup>.

## 2/2

### Hospitalidad

Ahora, en particular, la Iglesia de Cristo no puede dejar de mostrarse como una comunidad hospitalaria, en la que se puede experimentar el cuidado recíproco, recibido y dado<sup>41</sup>.

Esto corresponde a su naturaleza de familia hospitalaria<sup>42</sup> que acoge a los hijos de Dios, sin distinción alguna, especialmente en los momentos de mayor debilidad, y les ayuda a redescubrir la propia identidad, a orientarlos a la plena realización de la vida que hay en ellos y a descubrir su contribución salvífica específica. En este sentido, la misma comunidad parroquial puede ofrecer mucho a través del amor inclusivo, no crítico e incondicional.

En cuanto a las personas con trastornos mentales y que padecen disfunciones psíquicas, en la Iglesia, comunidad sanadora, no puede faltar en una referencia al necesario apoyo psicosocial profesional; sin embargo, incluso en este ámbito, el primer tipo de asistencia es el servicio de amor que puede ejercer todo aquel que se sienta llamado por el Señor<sup>43</sup>. La historia de la Iglesia está llena de grandes y elocuentes ejemplos de servicio a las personas que han sufrido en la mente (Santa Dimpna, quien es la patrona de los enfermos con enfermedad mental y emocional, San Juan de Dios... etc.), pero ciertamente todos son capaces de aceptarlas y ser sensibles a ellas. En general, se trata de la atención del corazón que se expresa en la acogida, la escucha y el acompañamiento.

De las voces de la Iglesia en el mundo, recogidas por la Comisión Vaticana Covid-19, se

desprende que la primera necesidad de las personas afectadas por la pandemia es precisamente la de ser acogidas y escuchadas fraternalmente. Muchas historias, a veces realmente dramáticas, esperan ser contadas, compartidas y escuchadas.

«Una de las cosas más sanadoras que podemos hacer como personas de fe es escuchar a los demás, escuchar lo que están pasando y satisfacer sus necesidades espirituales»<sup>44</sup>.

Lo fundamental es que los líderes de las comunidades escuchen con compasión y sepan orientar a las personas hacia los profesionales de la salud mental en lugar de tratar de resolver los problemas psicológicos por sí mismos o descartar el problema. No tenemos que ser psiquiatras ni especialistas en la materia, pero todos recibimos un llamado espiritual para estar con las personas cuyo sufrimiento físico y mental ha surgido o ha sido amplificado por la pandemia.

Nuestras comunidades deben ser capaces de escuchar, acoger, de una «relación terapéutica», una verdadera compasión, para ayudar al enfermo a superar la sensación de inutilidad y peso social. Y será «un don mutuo»: para los enfermos que no se sentirán discriminados y aislados y para la comunidad cristiana que, cuidando a los miembros más frágiles, testificará que nadie está excluido del cuerpo eclesial.

«La Iglesia es una comunidad sanadora que acoge – o mejor aún, sabe que también está compuesta por – estas debilidades, o no puede llamarse Iglesia»<sup>45</sup>.

## 2/3

### Acompañamiento.

Hay una necesidad verdaderamente urgente de crear espacios de acogida, servicios de escucha y métodos de acompañamiento en nuestras comunidades eclesiales. Es una oportunidad para involucrar a muchos voluntarios laicos, quienes, bajo la cuidadosa guía de los pastores, podrían ser animados a ofrecer su disponibilidad, su tiempo y una presencia reconfortante y sanadora.

El acompañamiento de los enfermos debe ir acompañado del de los familiares. De hecho, toda la familia se ve afectada por hechos relacionados con la enfermedad, con importantes repercusiones en las relaciones entre sus miembros y, en general, en el equilibrio de la estructura familiar<sup>46</sup>.

Será tarea de los pastores encontrar las mejores formas de escucha y acompañamiento para acercarse a los que sufren y a sus familias a la comunión con Dios y con los hermanos.

Podemos sugerir algunas buenas prácticas de acompañamiento espiritual a través de las diferentes herramientas que existen de comunicación, como teléfonos móviles o smartphones, tabletas digitales, y ordenadores/computadoras personales portátiles que han sido utilizados, por ejemplo, por los capellanes de hospitales y pastoral hospitalaria para acompañar a los pacientes, ponerse en contacto con las familias, apoyar al personal sanitario, y cómo celebrar sacramentos, ritos y rituales. También los capellanes de prisiones, con sus colaboradores de las pastorales carcelarias, acompañaron virtualmente a los internos con la reflexión sobre la «buena noticia», brindándoles consuelo y esperanza.

Mientras la emergencia pandémica continúe, este tipo de atención pastoral virtual seguirá siendo una herramienta preciosa de la presencia sanadora junto a quienes experimentan angustia, aislamiento y miedo.

Cualquiera que sea la forma de escuchar y acompañar a las personas que sufren, no se puede separar de la oración. La oración envía un mensaje de bienvenida y le permite a la gente saber que su comunidad los apoya.

Por ello, siempre que sea posible, es conveniente organizar celebraciones litúrgicas con personas con trastornos mentales, sus familias y operadossociosanitarios y profesionales de la salud mental, voluntarios y todos aquellos que se sientan parte activa de la Iglesia como comunidad sanadora<sup>47</sup>.

El acompañamiento pastoral a las personas con sufrimiento psíquico debe estar vinculado a la catequesis sobre el poder terapéutico y salvífico de los sacramentos de la Iglesia que facilitan el encuentro con Cristo venido para «curar a los contritos de corazón, como «médico corporal y espiritual»<sup>48</sup>. Se trata, ante todo, de los dos sacramentos de curación: de la Penitencia/Reconciliación y de la Unción de los Enfermos<sup>49</sup>.

Pero la gracia curativa por excelencia que el Señor ha dado a su Iglesia es la Eucaristía. Dondequiera que se celebre la Santa Misa o Eucaristía y, en particular con la presencia de los enfermos y los que sufren, la Iglesia es una comunidad sanadora, llevando a cabo el amor curativo y redentor de Cristo, y la obra de curación se realiza, restaurando la comunión con Dios y con hermanos.

«La sagrada Eucaristía, en efecto, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua»<sup>50</sup>.

Por lo tanto, es necesario que se siga celebrando la Santa Misa, especialmente en los lugares de cuidado y sufrimiento humanos, pidiendo al Divino Médico salud y salvación (salus) para todos.

36. «En Jesús "Palabra de vida" se anuncia y comunica la vida divina y eterna. Gracias a este anuncio y a este don, la vida física y espiritual del hombre, incluida su etapa terrena, encuentra plenitud de valor y significado: en efecto, la vida divina y eterna es el fin al que está orientado y llamado el hombre que vive en este mundo» (Nueva carta de operadores sanitarios, 135).

37. Francisco, Discurso al público de la Asociación Italiana contra Leucemia-Linfomas y Mieloma (AIL), 2 de marzo del 2019.

38. Consejo Episcopal Latinoamericano, Departamento de Justicia y Solidaridad, Discípulos Misioneros en el mundo de la salud. Guía para la Pastoral de la Salud en América Latina y El Caribe, 99.

40. «El amor nos pone finalmente en tensión hacia la comunión universal. Nadie madura ni alcanza su plenitud aislándose. Por su propia dinámica, el amor reclama una creciente apertura, mayor capacidad de acoger a otros, en una aventura nunca acabada que integra todas las periferias hacia un pleno sentido de pertenencia mutua. Jesús nos decía: "Todos ustedes son hermanos" (Mt 23,8)», Francisco, Carta Encíc. Fratelli tutti, 95.

## 3/

## Acompañar significa esperar juntos y mirar hacia la plenitud de la vida.

## 3/1

### Elementos para continuar la reflexión.

El sufrimiento psicológico, siempre ligado a la ansiedad por un futuro que se nos escapa, nunca se reduce a un dolor que pueda tratarse con medios farmacológicos; es una soledad y una obsesión por el abandono y la muerte que solo la Palabra –recibida y compartida– puede curar y sanar.

Sin embargo, hablar no se reduce a expresarse con la voz. Hablar significa estar presente para escuchar al otro, su historia y, a veces, su silencio. La Palabra de Dios, en el relato bíblico y en la predicación de Jesús, expresa la paciencia del Padre, que llama a cada uno a la vida y la confianza, mientras atraviesa la preocupación y la muerte. Este «misterio de fe» se encuentra en las representaciones antropológicas y las escuelas de espiritualidad, que consideran a la persona humana como un ser vivo en camino a su realización.

Necesitamos, hoy más que nunca, la experiencia de quienes trabajan en los campos de la psicología, de la psiquiatría y del acompañamiento social. El diálogo, respetando las competencias, permite considerar todas las dimensiones de la persona.

La dimensión espiritual y la dimensión psicológica tienen muchos puntos de conexión; podemos y debemos fomentar el encuentro entre todos los actores para promover el bien de quienes sufren en soledad.

Las dolorosas condiciones en las que muchos se encuentran a lo largo de su existencia, a veces los llevan al límite de su fuerza física y psíquica. Sólo la amistad fiel y la cercanía fraterna pueden ofrecerles el «agua fresca» de la esperanza, que eleva y consuela.

La Iglesia, comunidad de los discípulos de Cristo, está llamada a hacer el «desvío» hacia el «herido» que hace el Buen Samaritano, para cuidar, levantar y amar a quienes han sido desgarrados en su cuerpo y en su vida interior. La misión de los creyentes y de quienes buscan la Verdad se cumple en términos de mutua hospitalidad, gracias a la cual nos convertimos en hermanos y hermanas en un mismo amor, paciencia y cuidado.

Necesitamos tiempo, todo el tiempo de nuestra vida, para compartir el mensaje de confianza, discreto y seguro, con quienes sufren en las tinieblas de la ansiedad.

«**Todos tenemos responsabilidad sobre el herido que es el pueblo mismo y todos los pueblos de la tierra. Cuidemos la fragilidad de cada hombre, de cada mujer, de cada niño y de cada anciano, con esa actitud solidaria y atenta, la actitud de proximidad del buen samaritano**»<sup>51</sup>.

## 4/

## Oración.

Dios, Padre nuestro, ternura infinita, tú conoces a cada uno, con su historia, sus esperanzas, sus heridas y su deseo de ser amado. Ven y únete a nosotros, en la intimidad de nuestras vidas y

danos tu confianza, tanto en días felices como en noches inquietas.

Jesús, Hermano nuestro, Tú que te has acercado a los hombres y mujeres, heridos por su vida, en su cuerpo y en su vida interior, ven a levantarte y sanarnos, con tu Palabra, tu Amor y tu Perdón.

Espíritu Santo que renueva y da aliento, ven a visitar a los que pasan por la soledad y a quienes les cuesta creer en un mañana feliz. Apoya a quienes traen cercanía y consuelo. Dale a todos, paciencia y paz interior.

Amén.

41. La hospitalidad evoca significados antiguos, por lo que se ha dado el nombre de "hospital" al lugar de tratamiento. Cf. Commissione episcopale della CEI per il servizio della carità e la salute, «Predicate il vangelo e curate i malati». La comunità cristiana e la pastorale della salute, Roma, 2006, 23.

42. «Una Iglesia de verdad, según el Evangelio, no puede más que tener la forma de una casa acogedora, con las puertas abiertas, siempre. Las iglesias, las parroquias, las instituciones, con las puertas cerradas no se deben llamar iglesias, se deben llamar museos» (Francisco, «La familia – comunidad», Audiencia general, 9 de septiembre del 2015).

43. «Un primer requisito fundamental es la competencia profesional, pero por sí sola no basta. En efecto, se trata de seres humanos, y los seres humanos necesitan siempre algo más que una atención sólo técnicamente correcta. Necesitan humanidad. Necesitan atención cordial» (BENEDICTO XVI, Carta Encíc. Deus Caritas est, 31).

44. Aleteia, «12 formas de apoyar a las personas con enfermedades mentales en la Iglesia», 05.06.2019.

45. Angelelli, M., «Una mirada concluyente», en: Ufficio Nazionale della CEI per la Pastorale della Salute, Chiesa Italiana e salute mentale. Cultura del provvisorio, scarti e nuovi poveri: il disagio psichico al tempo della tecnoliquidità, Roma 2018.

46. Cf. Commissione episcopale della CEI per il servizio della carità e la salute, «Predicate il vangelo e curate i malati», 32.

47. «No solamente es loable la oración de los fieles individuales que piden la propia curación o la de otro, sino que la Iglesia en la liturgia pide al Señor la curación de los enfermos». Congregación para la Doctrina de la Fe, Instrucción sobre las oraciones por la curación de Dios, 14.09.2000, 2.

48. Concilio Vaticano II, Sacrosanctum concilium, 5.

49. Cf. Catecismo de la Iglesia Católica, 1421.

50. Ibidem, 1324. La Eucaristía también se llama «medicina de inmortalidad» (ibidem, 1331).

51. Francisco, Carta Encíc. Fratelli tutti, 79.